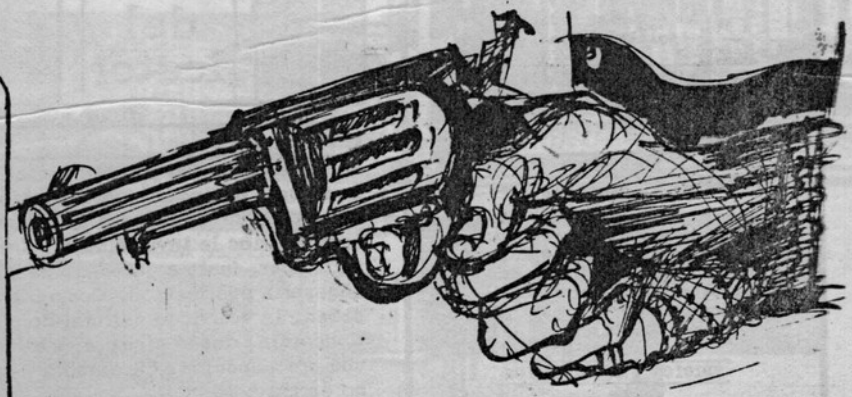
Rocinante

AÑO I - Nº 9 - CONCORDIA, 15 DE JULIO DE 1987



Precio: ₳ 1,00

Rocinante

Publicación mensual de interés general

CONSEJO DE REDACCION

Francisco Tomat-Guido
Mario Meichtry
Lucrecia Lessa
Luis María Medina
Guillermo Fink

COORDINACION TALLER LITERARIO MUNICIPAL DE CONCORDIA

Alejandro Bekes

CORRECCION

Lola Cerfoglio

Las notas firmadas reflejan exclusivamente la opinión de sus autores y los conceptos vertidos son responsabilidad de cada uno de ellos.

EDICION Y DISTRIBUCION

LIBRO-CLUB
Galería Entre Ríos - Local 36
Teléfono 21-8145 - Concordia

Registro de la Propiedad Intelectual en trámite. Precio del ejemplar: $ 1,00 — Números atrasados: $ 2.-

COLABORAN EN ESTE NUMERO

Nicolás Passarella
Claudio Donati
Centro de Arquitectos de Concordia
Asociación Amigos del Museo Regional
Alejandro Bekes

Patricia Cairoli Pedroza
Guillermo Bekes
Juan C. Miranda
Lidia Murúa de Viduzzi
Marcelo Rui Gentile
Alicia Benitez
Juan Carlos Luna

Tapa: "Una carta del tarot" de Nicolás Passarella

TAPA

Finalmente me fue posible enviarles un trabajo que podría ser incluído como tapa de "Rocinante". Quiero agradecerles la invitación a participar, junto a ustedes, de esta necesaria publicación. Como bien saben, la actividad cultural de Concordia, desde siempre, me fue una preocupación. "Rocinante" no estará solo.

JULIO LAVALLEN
Buenos Aires

N.DE R. Gracias. Nos viene al pelo. La próxima tapa es tuya.

LIBRO

Tengo el agrado de acompañar un trabajo de mi autoría. De ser factible y sin ningún tipo de compromisos de vuestra parte, mucho estimaría tuviera a bien disponer se inserte el mismo en las páginas del periódico que dignamente dirige.

ELVIO AIMAR
Buenos Aires

N.DE R. Recibimos su novela "Tierras del pan" y su cuento "El mar, la mujer, el fuego". Nos referiremos a la novela tan pronto podamos leerla pero, por su extensión, no vemos factible su publicación en nuestras páginas. El cuento, en cambio, sí. Esperamos su autorización para hacerlo pues no comprendemos si su solicitud se refiere al cuento o a la novela.

Rocinante informa

ERRATA

Por un olvido involuntario, en nuestra edición anterior no insertamos el nombre del autor en dos notas publicadas. Nos referimos a las que llevan los títulos "El latín: una llave, no una muralla" y "La Retreta del Día del Ejército", ambas do Alejandro Bekes, eficaz colaborador de "Rocinante", a quien pedimos las disculpas del caso.
Lo mismo hacemos con Alicia Benitez, de Federación, a quien también olvidamos incluir en la lista de colaboradores de dicho número, lo que siempre hacemos en la primera columna de la página 2.

"LA NACION"

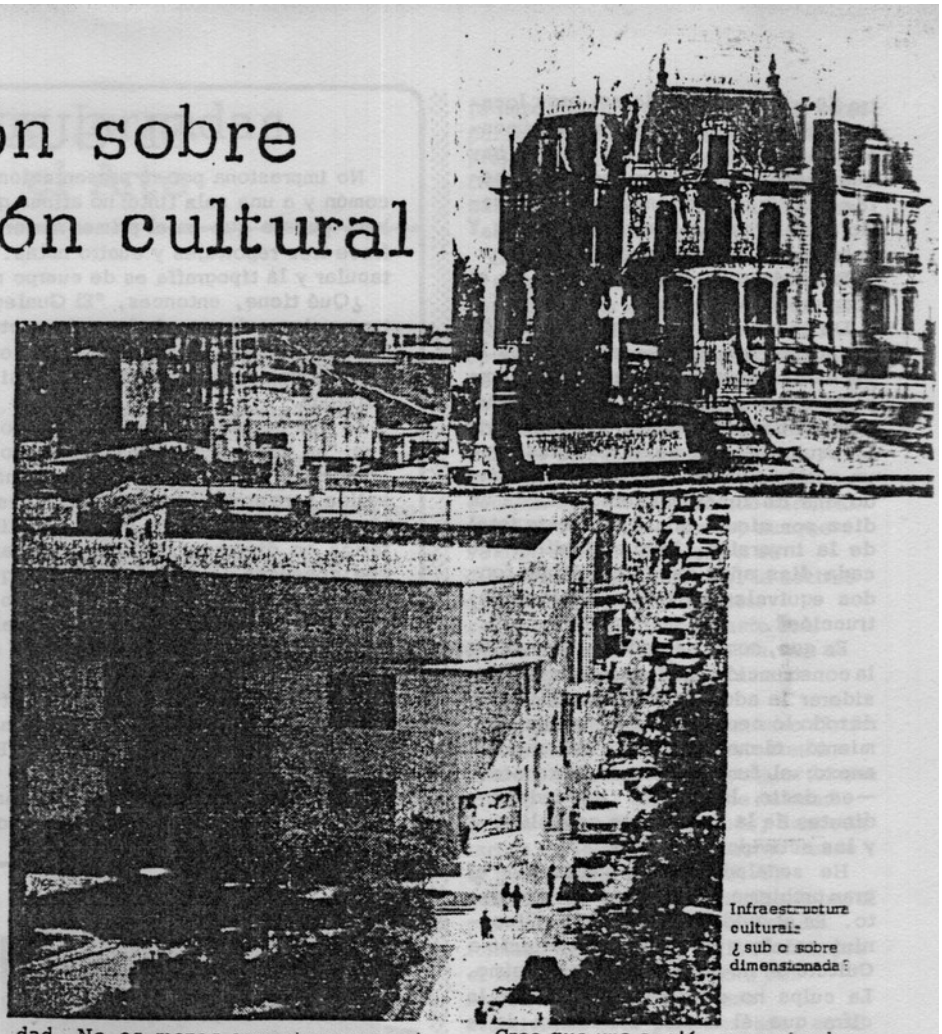
El domingo 21 de junio, en su suplemento literario, "La Nación" de Buenos Aires comenta la aparición del número 5 de "Rocinante", en la sección destinadas a las revistas. Con un breve sumario de las notas mas destacadas, "La Nación" manifiesta que nuestra revista "procura hallar eco fuera de su propio medio".
La mención de "Rocinante" en las páginas del diario porteño es motivo de satisfacción. Y, aunque un poco adelantado a los acontecimientos, es cierto que "Rocinante" está despertando verdadero interés en distintas localidades de la provincia.

"EL HERALDO"

Bajo el título "Este 'Rocinante' no tiene nada de quijotesco", el vespertino local publica en su suplemento cultural, una charla que el cronista mantuviera con los integrantes de nuestro Consejo de Redacción. El mismo supo apreciar lo fundamental —para nosotros— en cuanto a los objetivos iniciales de esta revista. Hace hincapié en la necesidad de los apoyos económicos traducidos en avisos (que estamos empezando a recibir, como puede observarse en esta edición) y en lo secundario que resulta el tiraje en publicaciones de este tipo; recalca nuestra característica de tener las páginas abiertas para todos aquellos que quieran escribir y rescata como el mejor logro —hasta ahora— la sección literaria, que es la que nos está dando trascendencia provincial. Hay más, escrito con agilidad y sencillez, todo lo cual nos alegra mucho. Y en igual medida nos alegra la aparición de un suplemento cultural, no sólo porque lo tiene todo diario que se respete, sino también porque significa que no somos los únicos que pensamos que la cultura local merece una tribuna especial.

Una opinión sobre planificación cultural

por Luis María Medina



Infraestructura cultural: ¿sub o sobre dimensionada?

Guste o no, la idea de Carlos Cicognini expuesta en el último número de "Rocinante" tiene el valor de aportar algo al panorama cultural de nuestra ciudad. Por lo menos —es necesario reconocerlo— tiende a buscar una solución y debe adivinarse que, como Director de Cultura, ha tratado de hallar salidas a los problemas que se presentan en ese ámbito.

Personalmente, no comparto el plan: destinar todo el presupuesto de un año —de Cultura, se entiende— a encarar un solo problema, genera, a mi juicio, la paralización total de muchísimas actividades que, bien o mal, se desarrollan en Concordia con apoyo del Municipio. Por otra parte, sería muy difícil decidir las prioridades. Si el primer año el énfasis se pusiera en música; el segundo, en pintura; el tercero, en teatro; el cuarto, en danzas; etc., podrían pasar diez años sin que la literatura, el folklore o cualquier otra actividad cultural recibiera la más mínima ayuda. Y esto podría producir la desaparición de grupos o de movimientos artísticos y culturales.

Sin embargo, rescato de la postura de Cicognini la posibilidad de abrir un debate sobre el tema. Quizá, en el fondo, ésa fue la intención. Si ese debate se concretara, además de poder juzgar la seriedad de las propuestas, se podría llegar a elaborar una estrategia común que nos llevara de la chatura normal a la dimensión que nos corresponde como comunidad. No se trata de ser mejor o peor que otras. Simplemente, se pretende ser auténticos, encauzar lo que elegimos y llevarlo a los máximos niveles posibles.

Es que, cada vez que decimos que una propuesta cultural determinada no cuenta con el apoyo popular, deberíamos preguntarnos si esa propuesta marca la tendencia del público mayoritario de Concordia. Amigos del Arte, por ejemplo, tenaz institución que nos regala veladas de alta jerarquía, se ha quejado de no contar con asistencia suficiente como para poder pagar —nada más— a los artistas contratados. La queja es válida. Pero también es válido pensar si hay suficiente público para esos artistas en nuestra ciudad. No es menos correcto pensar si el día de su presentación es el más apropiado para la mayoría de los que gustan de esos espectáculos. Es decir, hay otras pautas a considerar que —quizá— no se las tiene en cuenta. La contrapartida, en este caso, sería Darío Vittori, que llenó la sala del Auditorium a un costo de diez australes la butaca. Se podrá poner en duda la comparación, pero no podrá negarse que estos espectáculos también deberán ocupar un lugar en cualquier plan que pueda esbozar la Dirección correspondiente.

Antes, entonces, deberíamos saber qué es lo que nuestra comunidad prefiere mayoritariamente, con lo cual, recién estaríamos en condiciones de fijar prioridades. Claro está, prioridades en el presupuesto, de manera de determinar porcentajes mayores para las actividades que atraen mayor cantidad de público. A mi juicio, ésta es la primera tarea de cualquier Dirección de Cultura: realizar estudios sobre la demanda, gustos y preferencias culturales de la gente, sobre el uso del tiempo libre y otros aspectos relacionados con esta cuestión.

Creo que una acción encaminada en este sentido tendría otro resultado también positivo: la participación. Hacer una encuesta de este tipo en Concordia, contando con el apoyo de estos grupos que se han formado y consolidado en nuestro medio —que cita Cicognini—, no sólo sería oportuno para la cultura en general sino para estos mismos grupos en particular, que verían mejor orientada su propia actividad.

El segundo paso, obviamente, es el análisis y estudio sobre el equipamiento e infraestructura cultural existente y de la utilización que se hace de la misma. En nuestro caso estrictamente local, si bien no es mucho lo que se dispone, tampoco es escaso: el teatro Auditorium, el Museo Regional, dos amplios salones en el edificio de la Dirección de Cultura, y hasta el salón de actos de la Municipalidad, creo —aunque estoy dispuesto a admitir errores de apreciación— que son suficientes para la demanda actual de actos culturales promovidos directamente por la Municipalidad. Si estamos hablando —y cito nuevamente a Cicognini— de una concurrencia de en-

tre 50 y 150 espectadores, esos locales sirven perfectamente en el momento actual. Se me podrá objetar que hay que pensar en el futuro, pero se deberá convenir en que también es necesario adecuarse a las circunstancias. Y sobre todo, al presupuesto.

Entiendo que el presupuesto es el gran problema actual.

De todas maneras, la construcción de nuevos equipamientos conlleva la necesidad de administrar, animar, explotar, en una palabra —cito una publicación especializada— "hacer vivir un equipamiento. Se ha calculado que un centro cultural, a partir del segundo año de funcionamiento, cuesta un diez por ciento anual del costo total de la inversión, lo que significa que cada diez años hay que destinar fondos equivalentes a una nueva construcción".

Es que, como se señala, además de la construcción en sí, es menester considerar la adquisición de mobiliario y de todo lo necesario para su funcionamiento; el mantenimiento del material anexo; el funcionamiento permanente —es decir, los gastos fijos independientes de la acción que se realiza—; y las actividades realizadas.

He señalado anteriormente que el gran problema actual es el presupuesto. Es el quid de la cuestión. Cicognini señala que el correspondiente a Cultura en nuestro medio es bajísimo. La culpa no es de él, claro. Pero la cifra que él mismo suministra da la pauta de la importancia que se le adjudica al rubro Cultura en el plan de gobierno. Sin embargo —y talvez con más razón— no creo conveniente destinar todo el presupuesto de un año a encarar un solo problema. Aún cuando la Dirección de Cultura no tomara sobre sí ninguna actividad, podría hacer mucho —y se ha hecho siempre, en mayor o menor medida— apoyando y favoreciendo la actividad que desarrollan entidades no oficiales en ese sentido. Por ejemplo: el presupuesto neto para Cultura para el próximo año, descontando el alquiler del Auditorium, es de tres mil quinientos australes mensuales. Si se destinara el treinta por ciento de esa cifra a apoyar a una entidad por mes para sus propias actividades y el resto se invirtiera en acción directa de la Dirección de Cultura, creo que los concordienses podríamos disfrutar de un hecho cultural significativo semanal, provenientes de los sectores oficiales o privados que trabajan por levantarnos de la chatura, promocionan y difunden los valores locales y nos permiten conocer a los artistas consagrados. O

EL GUALEGUAY

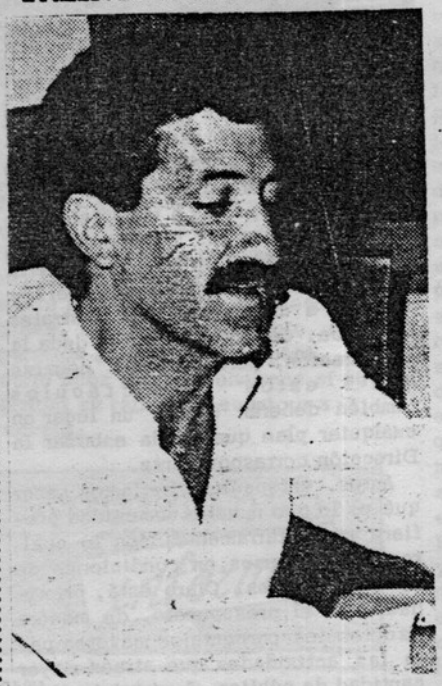
No impresiona por su presentación, ya que se imprime en papel de diario común y a una sola tinta; no afirma que trae todo lo que el lector quiere saber, puesto que en el primer número (de dieciséis páginas tabloid) sólo ofrece tres reportajes y cuatro notas. Los titulares no tienen nada de espectacular y la tipografía es de cuerpo muy reducido.

¿Qué tiene, entonces, "El Gualeguay" que nos hace recibirlo con nuestros mejores deseos de larga trayectoria? Ganas de informar lo trascendente, de preguntar lo importante, de ser un vehículo cultural que comienza con lo regional pero cuyos límites —si la línea se mantiene— son difíciles de adivinar.

Lo que señalamos no es un halago gratuito. Si Emma Barrandeguy declara que "en Entre Ríos hay un conjunto serio de escritores maduros y un grupo grande de jóvenes que anhelan tomar el lugar que les corresponde"; que la salida para promover a los escritores entrerrianos es "el apoyo oficial a los jóvenes aunque rompan con las tradiciones... la promoción de talleres literarios en diversas ciudades... la apertura de más concursos a los que hay que concurrir..."; que "el escritor que se compromete o retrata fielmente la realidad, no es bien recibido", no está relatando amarguras sino, fundamentalmente, pintando en pocas palabras una realidad que muchos pretenden soslayar rompiendo el círculo de acero de los consagrados en Buenos Aires.

Daniel Gonzalez Rebolledo, Walter Heinze (con todo un suplemento a su disposición) y Carlos José Quintana tampoco se quedan mirando la luna. ¿Cómo, entonces, no augurar a "El Gualeguay" un éxito que se merece? Después de tanta nada muy costosa y a todo color que nos mandan de la Capital, estas humildes páginas nos hacen pensar en los postres que nos sirve nuestra "vieja" comparándolos con la gelatina que nos dan en el restaurant. O

"TREINTAICUATRO"



En ediciones anteriores hemos publicado una poesía de Daniel Gonzalez Rebolledo, correspondiente a su poemario "Treintaicuatro", editado en San Salvador. Este libro será presentado en Concordia, próximamente, por el Taller Literario Municipal.

En relación con el mismo, el autor —que participó en nuestra ciudad en el 2do. Encuentro de Músicos y Poetas— en declaraciones periodísticas señaló: "Creo que tiene sentido editar poesía en cualquier época; si es en época de crisis, la poesía va a estar teñida de esa misma crisis. El poeta ya no está en su torre de cristal sino que siente, sufre, vive y se emociona, tal vez en mayor medida que otro cualquiera. Casi diría que el poeta es el hombre de mayor crisis en cualquier época".

GALVEZ

De Gálvez (provincia de Santa Fe) nos llega una publicación del Taller Literario Municipal de aquella localidad, realizada a fines del año pasado. La misma incluye trabajos en prosa y en verso, ilustraciones de plásticos locales y una introducción donde se explica el funcionamiento del Taller.

Algunos de los textos han sido elaborados a partir de propuestas del Taller (un tema, una fotografía, una crónica periodística, un procedimiento narrativo) y fueron seleccionados grupalmente. Alejandra Liñan tiene a su cargo la coordinación. El Taller depende de la Dirección de Cultura, Relaciones y Deportes de Galvez.

Algo más sobre las Jornadas de Educación por el Arte

por Lucrecia Lessa y Alejandro Bekes

En el número anterior de "Rocinante" a pocas horas de terminadas las Jornadas de Educación por el Arte y a menos tiempo aún de aparecer esta edición, redactábamos una somera reseña de lo acontecido durante los días 10,11,12 y 13 de junio, en la Escuela Velez Sarsfield. Tratamos, en esa oportunidad, de presentar un panorama general y cronológico, pero nos comprometimos a aportar algo más. La selección, obviamente, no implica jerarquización alguna, sino imposibilidad de abordar las múltiples actividades allí desarrolladas.

Recordamos, como punto de partida, la notable síntesis del Subsecretario de Cultura y Prensa de la Provincia, Mario Alarcón Muñiz, quien en el acto de apertura nos brindó un análisis de nuestra realidad educativa y presentó tanto el objetivo de este encuentro como el de la educación de nuestros pueblos. De sus palabras extrajimos lo siguiente: "Hablaba de este enmarañado tiempo que compartimos, aquel escritor inglés que decía que nos ha tocado la época en la que el vivir es una desgracia o una gloria combativa. Nosotros, finalmente, hemos elegido esta última alternativa: la gloria combativa de vivir. No otra cosa es esta reunión de educadores, de artistas, de gente inquieta, que proviene de distintos lugares de nuestro país y de nuestra América Latina para cambiar ideas y estudiar la forma en que queremos canalizar la educación de las presentes y futuras generaciones; sobre la forma de ir abriendo nuevos cauces, pero apoyados en las raíces comunes y a partir de allí emprender el vuelo de la creatividad. Porque, en definitiva, es ése el objetivo de estas Jornadas: que el vuelo de la creatividad tenga el aire suficiente, no sólo para sostenerse, sino para sostenerse definitivamente y, a partir de allí, podremos erigir, entonces, a nuestro hombre latinoamericano como una columna del quehacer y de la cultura de nuestro continente y del mundo.

Entiendo que necesitamos nuevas formas de educación en nuestro país y en nuestro continente, que nuestros pueblos necesitan nuevas formas de educación; requieren fundamentalmente el concepto vivo de la libertad para poder crecer en la educación, para poder crecer como seres humanos.

Venimos de tiempos que todos nosotros hemos compartido, en los que el concepto educativo y la realización de las pautas educativas y culturales han estado restringidas y constreñidas por paredes que les han impedido el vuelo, que han imposibilitado el crecimiento interior y, en conjunto, el crecimiento de las comunidades"

Queremos volar, queremos abrir nuevos cauces, queremos nutrirnos de lo que nos dejaron nuestros antepasados, los antepasados de esta tierra americana, para entonces comenzar a ser, en definitiva, nosotros mismos.

Si no nos fijamos metas ambiciosas, si no nos proponemos grandes objetivos, no vamos a conseguir desarrollar nuestro interior y plantarnos ante el mundo como el ser humano que crece y que quiere volar con personalidad propia".

LIC. JUAN CARLOS LESPADA

"El único protagonista de la educación mal llamada tradicional, es el sacrosanto maestro, subido en el templo del saber que es la escuela, encima de un hermoso estrado en donde posee omnipotentemente la verdad y, como el Papa, la infalibilidad. ¡Dios mío! A pesar de todo nuestros alumnos aprenden."

Con estas aplaudidas palabras, Juan Carlos Lespada pintaba lo que después definiría como "la sacralización estéril de los roles, distanciamiento afectivo, displacer y estereotipia", características todas de nuestra escuela.

Desde el momento en que se sacralizan (y por lo tanto se mitifican y "congelan") los papeles del maestro y del alumno, del que enseña —porque sabe— y el que aprende —porque no sabe—, la educación se convierte en una mera transmisión (o imposición) de esquemas. En otras palabras, el alumno debe absorber prejuicios y reproducir, lo más fielmente posible que pueda, los hábitos mentales del educador, para "alcanzar los objetivos".

La propuesta de Lespada es, pues, la de que docentes y alumnos compartan sus esquemas referenciales y que, por sobre todo, aprendan a aprender y a funcionar en equipo. Es decir, que cada uno recupere la necesidad del otro, sin jerarquías, sintiéndose miembro funcional de un todo: la comunidad educativa. Más gráficamente: "Bajemos el escalón de una vez, porque mientras ustedes se sienten arriba, aunque se disfracen de hippies, o se disfracen de modernos, si la actitud que tienen no es la de estar sentados en el suelo, traste con traste con su alumno, jamás van a poder transformar absolutamente nada: nada".

Dentro de este esquematismo rígido y autoritario, es una constante la tendencia destructiva a señalar lo que al otro le falta en lugar de valorar lo que posee. Una vez más, desde la tarima de la omnipotencia, se busca el punto débil del alumno. Y, además, se trata de encasillarlo en el preconcepto que el docente se ha formado de ese alumno ("Vos siempre el mismo"). Sin duda, esto nos muestra la ausencia de esa afectividad que, para Lespada, es el principio y fin del ser humano.

Precisamente la creatividad se manifiesta ante todo en el campo afectivo, tanto como en el del pensamiento y el del hacer. "Crear es concebir ideas, afectos, objetos, hechos o realizaciones que superan lo anteriormente pensado, sentido, dicho o hecho por la misma persona".

Ahora bien, según Lespada, la educación tiene dos funciones o poderes: hacer que el hombre sea lo que se espera que sea o lo que quiere ser. En el primer caso desarrollará el pensamiento convergente, es decir, el que tiende a lo convencional; en el segundo caso desarrollará el pensamiento divergente, o sea el que tiende a lo original, a lo insólito, a lo creativo. Para desarrollar armónicamente a la persona deberán estimularse ambas formas de pensamiento.

Juan Carlos Lespada, licenciado en Psicología, es Director de la Escuela Primaria Municipal de Mar del Plata, en donde reside. En las Jornadas de Educación por el Arte, tuvo a su cargo la exposición "La organización

do los talleres", de la que fueron extraídos los conceptos anteriores. Asimismo coordinó los talleres "Los pájaros azules" (expresión corporal y creación colectiva de un texto teatral) y "Río, canoa y abrazo" (áreas integradas).

SAUL SCHKOLNIK (Taller de iniciación e incentivación literaria)

Desde una tonada y una forma de decir especiales, Saúl Schkolnik, chileno, autor de numerosos libros para niños, se ganó la adhesión de todos quienes tuvimos la posibilidad de comunicarnos con él.

Recién llegado y apenas cruzadas algunas palabras, con un desprendimiento inusual, nos alargó su primer libro "para adultos", sobre la leyenda del octavo día de la semana. Ni siquiera tenía tapas; era el único ejemplar que llevaba consigo y nos lo ofreció para que lo hojeáramos en nuestra casa. Allí nomás y por su iniciativa, convinimos en organizar un encuentro, para la mañana siguiente, en el espacio Tribuna Libre.

Reunidos el jueves, se habló de despertar en el niño el gusto, el hábito de escribir, de crear, de manejar un lenguaje literario. Saúl Schkolnik planteó, entonces, la cuestión de la ortografía (¡docentes, temblad!): "Cuando el niño crea, la ortografía no importa y como ellos saben que a mí no me importa, trabajan tranquilamente". Se organizó también una red latinoamericana de intercambio (Ver recuadro aparte).

A la tarde, comenzaba su taller. Eramos unos cuantos. Aprendimos, escribimos, definimos palabras, hicimos monigotes, inventamos historias, fuimos rocas, capitanes, pero fundamentalmente nos divertimos.

¿No será ése el nudo gordiano de nuestra educación? ¿La falta de placer, la ausencia de una situación atractiva y entretenida que gane a nuestros alumnos y los disponga a aprender? (¡Mirá qué descubrimiento!) Es que no se trata de descubrir la pólvora (para eso los chinos resultaron buenos); se trata de buscar nuevas formas de aprovecharla. Y creemos que Schkolnik precisamente, tenía como objetivo eso: que nos diéramos cuenta de ese displacer y que hiciéramos algo por combatirlo. El nos propuso diversos juegos y actividades, varios ya conocidos por nosotros, pero no siempre aplicables "por el número de alumnos, por la falta de un espacio apropiado, porque qué hacés con los rápidos mientras los más lentos..."

"Se puede. A pesar de la directora, de la supervisora, del ministro, del mismo presidente, se puede". Claro, falta la decisión y el convencimiento previo de que así se debe trabajar. Implica tanto trabajo preparar una clase expositiva de yo, aquí - ustedes, allá, como una clase de nosotros - todos-, aquí buscando descubrir...

Un ejemplo: Saúl nos dio una lista de palabras que debíamos definir, entre las que figuraba "ortejo mayor". Algunas definiciones (Real Academia, abstenerse) logradas allí:

"Juan Ortejo: 5 años; Pedro Ortejo: 30 años; José Ortejo: 50 años; Ramón Ortejo: 80 años, el mayor de los Ortejo".

"Constelación desconocida".

"Antidad de gente e aompaña a alguien. Hay distintos tipos: ortejo real, ortejo fúnebre, etétera".

El marchó a Chile con nuestros trabajos, nosotros nos quedamos con sus ideas y su imagen de abuelo barbón. ●

RED LATINOAMERICANA DE PROGRAMAS DE EDUCACION MEDIANTE EL LENGUAJE LITERARIO

La comunicación e intercambio de experiencias, la posibilidad de lograr una integración concreta en torno a la educación a través del lenguaje literario, son los objetivos que nos mueven a establecer esta red latinoamericana, siguiendo la iniciativa expuesta por Saúl Schkolnik en el transcurso de estas Jornadas.

Lo hacemos así entendiendo que, en primer lugar, el desconocimiento mutuo de las experiencias y aún de las obras realizadas en las distintas regiones del continente, es causa de aislamiento e incomunicación y una muralla que impide el enriquecimiento y la interacción. En segundo término, vemos aquí y ahora la oportunidad de conocernos y establecer un vínculo franco y personal.

Nos integramos a esta red, considerando que buscamos todos una misma meta: revitalizar la función del lenguaje literario como medio para desarrollar la expresión creativa del niño y del adolescente. O

AMCOM

ASOCIACION MUTUAL DEL COMERCIO MINORISTA

LA RIOJA 622
CONCORDIA

la mutual para la salud y mucho más

DEL DIARIO DE VIAJE DE MARCELINO HERRERA

NUESTRO AMIGO EL MARROQUI

por Marcelo Rui Gentile

Ilustración del autor

Era más de medianoche.

Sobre la avenida ya desierta —y un poco nuestra, por esa intimidad de lo que no es compartido con los otros— se descolgaba una tenue niebla fría, ya que la noche era de invierno.

Y por ella caminábamos, en busca del hotel, el Negro Morambi, el gordo Chinelli, el procurador Larrondo —rosarinos—, el correntino Barbiza y yo.

Este, con su eterno humor, murmuró:

—Cuando estuvimos en París... —como recordando algo. Y todos nos reímos.

Porque estábamos en París.

Y aquella noche caminábamos por lo que entonces se llamaba Les Grandes Boulevard, rumbo al hotel Moderno, donde nos alojábamos, frente a la plaza Trionfes de la Republique.

Como era muy tarde, no circulaba el subterráneo, ese célebre Metró que a todo París lo recorre por debajo. Y del Metró había escuchado una anécdota risueña.

Una tarde que vagaba por las orillas del Sena, recorriendo sus librerías a la altura de la catedral de Notre Dame, un librero me contó, entre pausas y bostezos, que durante una prolongada huelga no lejana, los gendarmes combatieron con los huelguistas durante todo el primer día hasta la medianoche, momento en el que iniciaron una tácita tregua que duró hasta el día siguiente. El motivo fue que, como el Metró corría sólo hasta la medianoche, tanto huelguistas como gendarmes, deponiendo su belicosidad fueron todos a tomar el último Metró que los llevaría de vuelta a sus hogares; con lo que golpeadores y golpeados viajaron fraternalmente apiñados codo con codo y espalda contra espalda, cada cual rumbo a su casa. De donde volvieron, en santa fraternidad, en el primer Metró que corrió al día siguiente, para volver a enfrentarse, eso sí, hasta la medianoche. Lo que sucedió durante el tiempo que duró la huelga.

En fin, "son franceses...", diría Metastasio.

Y por culpa de ese Metró debíamos ir a pie, después de haber estado viendo y oyendo Rigoleto, en riguroso paraíso en la Operá de París, y de haber tomado unos cognac en el Café de la Paix.

Eso era lo que nos permitía descubrir, pese al cansancio, lo que para nosotros era un rasgo insólito de ese París multifacético que todos imaginamos, el que en este caso era el presenciar cómo entretejían sus redes amorosas las cortesanas de la noche parisina, con la intención de atrapar alguna presa. Pero como esto carece de relevancia, no lo describiré porque estimo que el lector estará más interesado en otras descripciones.

De improviso, nos inquietó el negro Morambi:

—¿No nos habremos perdido, che?

—Cierto —asintió Larrondo, equilibrado como de costumbre—. Mirá que hacemos cuadras y cuadras...

—¡Y no llegamos! —terció Barbiza, de ponto serio.

—¿No será que caminamos para el otro lado? —observó Chinelli, arquitecto en perspectiva, mientras gozaba con las perspectivas de una edificación equilibrada en su estilo y en sus medidas, como trazada con tiralíneas y con espíritu del siglo diecinueve, y no se cansaba de exclamar:

—¡Qué armonioso que es todo esto!

Barbiza se repuso. Y ahí nomás propuso:

—¡Volver no cuesta nada! —al tiempo que, girando sobre sí, empezaba a caminar en dirección contraria.

—Pero ché ¿te volviste loco? —fue lo que atiné a decir. Y ya las damitas de la noche —únicas pobladoras, con nosotros, de la avenida— soslayando la natural rivalidad, se dieron en cuchichear entre risitas, sus criterios respecto de esos cinco hombres vacilantes que, al desinteresarse de ellas, despertaban sus sospechas.

—Volvemos entonces —aconsejó monsieur Barbizá. A lo que asentimos Morambí, Chinellí, Larrondó et Herrerá. Y nuestra voltereta agrandó las risas y cuchicheos femeninos, aumentando sus dudas respecto de nuestra humana identidad.

Que fue cuando apareció nuestro salvador, en la figura de un personaje salido de la niebla, de tamaño Torre Eiffel —Aifel para los franceses— enfundado en un sobretodo de piel de camello, el último grito de la moda (y de los camellos), pantalones indescifrables, zapatos delicados como para ascender el Mont Blanc, y sombrero tirolés con su plumita. De no haberle visto el rostro, podría haber pasado por un alegre caminante de la noche; pero su nariz achatada y sus orejas arrepolladas delataban su profesión de boxeador.

Le preguntamos dónde estábamos, porque queríamos saber cómo seguir para llegar al hotel; pero él, con un gesto dubitativo, nos señalaba en dirección del Boulevard de Montparnasse; ello era debido a que mientras nosotros le hablábamos en mal francés, él nos contestaba en patuá —el patois — dialecto parisiense que hace decir

a los franceses que es en París donde no se habla en francés. Pero dejando de lado sutilezas más o sutilezas menos, debo aclarar de tanto embrollo, que, por ejemplo, en el idioma de Moliere, en su escritura existen tres acentos: el acento agudo, que es igual al castellano; el acento grave, que se traza en posición invertida respecto del primero; y el acento circunflejo, en forma de ángulo invertido, con el vértice hacia arriba. Cerrado este paréntesis, vuelvo a la narración.

En torno de nosotros, el suave coro de voces picarescas aleteaba como un aura femenina, aromado del perfume que exhalaban las beldades; las que, intercambiándose unas miradas tan sobreentendidas, en verdad me molestaban. Era que nuestras vacilaciones y nuestras manifestaciones de amistad varonil las tenían tan despistadas que esos más de cinco pares de ojos fascinantes —los tapados deslumbrantes no permitían ver sino adivinar la perfección de sus figuras— en sus interioridades elaboraban toda suerte de pensamientos equivocados respecto de nosotros.

Morambi, molesto, empezó a hacer al desconocido una pregunta detrás de otra, dejándole el rostro algo más blanco de lo acostumbrado —en la penumbra no habíamos notado su tez color oliva, característica de la costa sur del mar Mediterráneo— y dubitativo en su expresión. Hasta que ya no aguantó más y, más que contestarnos, nos gritó:

—Je ne sais pas, je suis Marrocqué (Yo no sé, yo soy marroquí) —aludiendo a su condición de extranjero, y con tal entonación, sobre todo de la palabra "marrocqué", que Morambi le comentó a Barbiza:

—¿Te dás cuenta? Con esa pinta y ...¡maricón!

Luego de hacer algunas fintas y de tirar unos puñetazos socarrones al aire, el marroquí, entre carcajadas, nos habló en perfecto castellano del Río de la Plata. Pero ése es otro cuento.

Y al final salimos, tomados de los hombros y cinturas, los seis, a ver nacer la madrugada en un café donde se podía desde tomar café hasta comprar un avión, negociar en el mercado negro o alistarse en la Legión. Dejando a nuestras espaldas el "Ouuuuuuh" sorprendido de más de media docena de boquitas adorables. Las que no sabían si identificarnos con el acento circunflejo o con el acento grave. Y eso era lo grave.

París siempre es París...

—Pariggi sempre e Pariggi —diría Aldo Fabrizzi. O

LOS ASOLADORES

por Luis María Medina

Ilustró: Juan C. Miranda

Seres pequeños, monstruos de la especie humana de no mas de metro y medio de altura y de enormes cabezas peladas. Cuerpos surcados de finísimas arrugas, sin vitalidad aparente, de escasa resistencia física manifiesta. Rostros repulsivos, ojos hundidos, bocas sin labios... ¡Así eran ellos!

Desde que las cuatro colosales naves interplanetarias aparecieran en el horizonte, la muchedumbre las había observado en silencio pero con simpatía. No hubo manifestaciones de bienvenida. Pero la satisfacción que le producía aquella visita estaba pintada en el rostro de todos.

Los aparatos pasaron sobre ellos y se perdieron en el confín no muy lejano. Reaparecieron un poco mas al norte y volvieron a acercarse. Fue entonces cuando los miembros más destacados de la Comunidad corrieron a señalarles el mejor lugar para que descendieran. Y fue entonces, también, cuando los aparatos rompieron la formación y tomaron direcciones opuestas.

Intrigados, los dejaron hacer. Una de aquellas naves, la que había cerrado la formación, había llegado a la mínima altura requerida para volar. Un silbido agudo y suave fue todo lo que oyeron los observadores cuando, lentamente, el colosso mecánico cruzó sobre sus cabezas.

Exploraba. Seguramente sus tripulantes observaban desde el espacio las extrañas construcciones de Rohrenia. Llamarían su atención las frías cúpulas blancas, las elevadas torres, los altos obeliscos que parecían señalar el espacio infinito, las extrañas calles —superpuestas como puentes— que rodeaban los edificios describiendo caprichosas espirales, el estilo incomparable de todo eso, la linea tan sencilla y a la vez tan difícil de imaginar de aquellos vehículos que rodaban a extraordinaria velocidad, la belleza admirable y deslumbradora que de todo el conjunto se desprendía, y —sobre todo— ¡la presencia de seres en aquel punto perdido entre las nebulosas del espacio sideral!

La brisa levantó una leve cortina de esa arenilla pesada que cubría, con grueso manto, toda la extensión del enorme desierto de Rohrenia. Suavemente golpeó el casco de la nave y la hizo fulgurar con raros destellos cuando ésta giró sobre si misma y los rayos del sol la iluminaron oblicuamente.

El aparato aumentó su velocidad. En el mismo silencio con que la muchedumbre las había observado aparecer y maniobrar sobre ella, vió a ésta colocarse sobre sus cabezas. De

un costado del casco surgió entonces aquel haz de luz que, en un caprichoso zigzagueo, alcanzó la cúpula mas grande, la rodeó con extraño halo verdoso...¡y la hizo estallar, convertida en miles de pequeños fragmentos!

Fue un solo y ronco alarido que surgió de aquellos débiles pechos. Y luego, el pánico, el terror, el desconcierto que invadió a todos. Era un sentimiento nuevo, hasta entonces desconocido por los rohras.

Corrieron como locos, asustados por aquel rayo verdoso que se multiplicaba ahora y que reducía a polvo —en ensordecedoras explosiones— cuanto había en pie, cuanto había sido construído en largos períodos de existencia.

El silencio, la calma, la tranquilidad, se convertían en un segundo en el más terrible caos, en el desbande feroz por escapar de la muerte. Los gritos, los alaridos, el clamor rabioso de los indefensos, cubría aquella escena de pesadilla aumentando al máximo su patetismo.

Cribio corría en medio de la confusión y del desorden. Ora arrastrado por la multitud que huía sin dirección fija por las ya destruídas calles; ora empujado por otros grupos enloquecidos que se oponían a los primeros y cambiaban su curso; ora atropellado por furiosos núcleos sin control que buscaban la inexistente salvación en los lugares mas inverosímiles.

Desplazado al fin por una corriente más vigorosa de aterrorizados rohras, corrió a través de los escombros. Saltó los obstáculos con la facilidad de su juventud. Trepó por las montañas de ruinas tan asustado como todos pero más desconcertado que muchos de sus semejantes. Jadeante, tropezando a veces, no dejaba de llamar a su Maestro.

—¡Gormo! ¡Gormo!

Las cuatro naves interplanetarias —trabajando ahora en conjunto y en nueva formación— aumentaban la catástrofe hasta límites insospechados.

Los horrorizados ojos de Cribio vieron nuevamente el rayo verdoso. El obelisco envuelto por el misterioso haz pareció resquebrajarse primero. Y estalló después, como si en su interior hubiese guardado miles de toneladas de explosivos.

Cribio se arrojó al suelo. Mas bien, se dejó caer. Rodó entre las ruinas de un edificio, esperando que cayeran sobre él los fragmentos de lo que había sido un obelisco. Más tarde, recién cuando la nave se hubo alejado un tanto, el joven se incorporó y reinició su alocada carrera.

El viejo Gormo estaba abriendo un hoyo entre las ruinas de lo que había sido su casa. Trataba de separar una viga cuando vió a Cribio apoyado contra un resto de pared frontal.

—¡Cribio! ¿Estás herido?

—No. ¿Y tú, Gormo?

—Tan sólo en mi fe. Pero no hay tiempo para hablar de ello. ¡Ayúdame! ¡Tenemos que huir!

—¿Huir? ¿Tú también lo piensas? Pero... ¿por qué? ¿No hemos vivido siempre aquí? ¿Por qué tenemos que irnos ahora? ¿Por qué nos quieren expulsar de esta forma?

—Te lo explicaré cuando tenga tiempo. ¡Pero ahora ayúdame a quitar estos escombros!

—¿Para qué, Gormo? ¿Te has vuelto loco?

El viejo Maestro sonrió apenas. Aunando todas sus fuerzas hizo rodar un enorme bloque y lo desplazó luego por una pendiente. Cansado, se volvió después hacia su discípulo y le explicó:

—Aquí, debajo de estos escombros, se encuentra la entrada a un túnel secreto. Por él podremos llegar con seguridad hasta nuestra nave y huir. ¡Huir del enemigo! ¡Y estos son los peores!

El joven rohra pareció comprender y sin otro titubeo púsose a trabajar al lado de su Maestro. Pareció olvidarse de su fatiga y su febril entusiasmo compensó su escasa fortaleza. Pero su cerebro no asimilaba los catastróficos sucesos y no cejaba en sus preguntas en voz alta.

—Tú hablas de enemigos y hablas de ellos como de los peores. ¡Explícame, Gormo! ¿Qué son enemigos? ¿Hay muchos? ¿Por qué son estos los peores?

También el viejo Gormo estaba muy atareado. Con frenético ardor y con una resistencia insospechada había separado vigas y piedras sin hacer caso al tenaz interrogatorio de su discípulo. Y su afán tuvo su premio. Sus ojos cansados vieron brillar el metal que cubría la entrada a la galería secreta.

—¡Allí está la entrada, Cribio! ¡Al fin! —exclamó con un suspiro—. Tú bajarás primero... ¡y pronto!

Con un amistoso empujón hizo que el joven se adelantara. Cribio se dejó resbalar por una suave pendiente, mientras se esfumaba lentamente el rumor de las explosiones, los gritos y los alaridos y el suave zumbido de las naves que los atacaban. Y se extinguieron por completo cuando Gormo cerró tras él la entrada del túnel.

—Por ahora estamos seguros, Cribio —dijo el viejo—. Pero tendremos que apurarnos para llegar hasta nuestra nave antes que ellos la destruyan.

—¡Pero explícame, Gormo! ¿Por qué nos matan? ¿Qué quieren?

Una sonrisa se dibujó en el rostro del Maestro.

—No puedes negar que eres un auténtico rohra. ¡Todo quieres saberlo!

—Y tú eres el más sabio de los rohras, Gormo. Sólo tú puedes ilustrarme.

—Y lo haré, para que sepas que hasta el más sabio se equivoca.

Un dejo de tristeza plasmó en el rostro de Gormo su sonrisa amarga. Y comenzó a caminar por la galería seguido de su fiel discípulo.

El túnel se extendía sinuosamente bajo la superficie de Rohrenia en una longitud de alrededor de mil pasos. Pequeños tubos de luz, colocados en la parte superior de la galería, hacían despedir extraños fulgores de las paredes cuando sus haces daban contra ellas. Todo esto producía una penumbra suficiente como para caminar sin tropiezos. Ademas, el túnel no presentaba ningún obstáculo y hasta un ciego hubiese podido deambular por él sin ninguna dificultad.

—Hace algún tiempo —comenzó diciendo Gormo— llegó hasta nuestro planeta un aparato similar a los que has visto pero de dimensiones mucho más pequeñas. Un solo tripulante viajaba en él y era uno de esos seres cuya especie nos está exterminando ahora.

—¿Exterminando?

—Así es. Las condiciones de vida de su planeta —continuó diciendo el Maestro— son muy parecidas a las del nuestro. Por ello no le fué necesario ningún equipo especial para vivir entre nosotros. Comprobamos —y él también pudo hacerlo— que podía establecerse aquí sin perjuicio para su organismo. Solo difería con nosotros en su alimentación. Pero —por suerte— tenía un depósito de lo que le era necesario en su nave y así subsistió sin dificultad en nuestro medio.

—¿Y viajaba solo, dijiste?

Gormo asintió con un movimiento de cabeza. Y agregó:

—Venía de un planeta muy lejano en un viaje de exploración y nos pidió ayuda para volver a él. Se había visto obligado a descender aquí porque su nave presentaba serias fallas en los controles. Al principio nos costó entendernos. Pero después, recurriendo a señas, a signos y dibujos y a todos los medios posibles, pudimos comprendernos y logramos entablar una... "conversación", digámosle así.

—¿Y lo ayudaron?

—Por supuesto. Nada le negamos. Fue uno más de los nuestros y durante su corta permanencia nos suministró datos interesantísimos y nos hizo muchísimas preguntas.

—Era natural —murmuró Cribio—. Esto sería completamente nuevo para él.

—Ya lo creo. Se interesó mucho en nuestras costumbres y nos contó mucho de las de ellos.

—¿Cómo son? ¿Cómo viven?

—Nos doblan casi en altura. Se reproducen igual que nosotros. Viven en grandes grupos, cada uno de ellos mucho mayor que el nuestro; hablan distintas lenguas y se subdividen en razas y religiones diferentes.

—¡No han de ser pocos los problemas que tendrán si esa es su forma de vida!

—Así es, Cribio —respondió Gormo con amargura—. Pero los solucionan de una manera muy práctica... aunque poco recomendable.

—¿Cómo es eso?

—Ya lo verás. Lo cierto es que, bajo su dirección, trabajamos todos nosotros en su aparato y poco después lo dejamos en condiciones de emprender el viaje de regreso. Aquel ser del espacio partió un día, luego de habernos estudiado en cuanto le fue posible. Y con él se llevó muestras de nuestro suelo, de nuestras plantas y de nuestra existencia.

—Después de la ayuda que nosotros le prestamos no había duda que habíamos ganado un amigo más.

—Eso creíamos. Luego de su partida comenzamos a estudiar su planeta. Y con los datos que nos suministrara nuestro visitante, nos fue fácil comprender cuanto habíamos ignorado antes.

Calló un segundo para tomar aliento. Después prosiguió diciendo:

—Constituyen una raza guerrera. Fabrican instrumentos para matarse entre sí y para solucionar, en esa forma, las diferencias de opiniones. En dos oportunidades conmovieron sus propias vidas arrasando el planeta que habitan en terribles guerras...

—¿Guerras? —interrumpió Cribio—. ¿Que son guerras, Gormo?

—Si lo hubiésemos sabido antes, sabríamos ahora como defendernos de estos asoladores del espacio. Guerra es lo opuesto a la paz —el viejo Maestro hizo un gesto de horror—. Es un ataque de un pueblo a otro con el solo fin de matar más rivales, de quitarles la vida para debilitarlos, de destruir sus hogares, sus trabajos. De exterminarlos para que no haya quien pueda oponerse a las ideas de los otros.

—¡Eso es tremendo!

—Me preguntabas que eran enemigos. ¡Ellos son nuestros enemigos! —recalcó Gormo, alzando su escuálido brazo como si quisiera señalar las naves interplanetarias.

Hubo una pausa. Un dolor tan grande se reflejaba en el rostro del Maestro que el discípulo respetó su silencio.

—Están tan adelantados en esa ciencia —continuó diciendo el anciano— que, en la tercer hecatombe que desataron, destruyeron su propio planeta. El efecto de las terribles armas que inventaron quitó toda posibilidad de vida. Y tuvieron que lanzarse a la conquista de otros. Algunos viven en forma precaria en mundos deshabitados. Pero los más poderosos —los más codiciosos— no titubearon en atacar mundos mejores que el de ellos, arrasándolos para asentar su autoridad.

—¡Ahora comprendo! —murmuró Cribio—. Es lo que están haciendo con nosotros en estos momentos.

—Así es, Cribio. Y por eso huimos.

El Maestro quedó un momento pensativo. Una arruga mas profunda que las demas, cruzó su frente. Y después de un segundo de duda, susurró:

—¡Qué extraño! ¿Cómo no se me ocurrió antes?

—¿Qué es extraño, Gormo?

Habían llegado al final del túnel. El viejo sabio pareció ahuyentar sus pensamientos y concentrarse en otra cosa. Cambió su expresión y exclamó: .

—Hemos llegado, Cribio. Yo subiré primero para ver si ya han volado hasta estos lugares.

Apuró el paso. Subió una escalerilla y presionó contra la tapa que cerraba la salida. Una cortina de polvo amarillento cayó de ella cuando Gormo logró abrir la compuerta. Un pedazo de cielo azul se distinguió al fondo.

El Maestro se asomó cautelosamente. Alcanzó a oir, lejanas, las explosiones producidas por el rayo verdoso. Y hasta distinguió una nave que sobrevolaba la ciudad, allá, casi sobre el filo del horizonte.

—¡Vamos, Cribio! —exclamó el viejo al salir de un salto a la superficie—. ¡Apúrate! Aún no han llegado hasta aquí y nos quedan posibilidades de huir.

Cribio obedeció. Con rapidez se escabulló entre las rocas siguiendo a su Maestro que se alejaba velozmente de la salida del túnel. Una urgencia desconocida apresuraba su fuga.

Aquel lugar era desolador. Rocas lisas en un suelo sin elevaciones importantes, cubierto todo por un grueso manto de polvo, una especie de arenilla pesada que levantaba la brisa formando remolinos y que marcaba el paso apresurado de los dos fugitivos, dificultando su carrera. Era el enorme desierto de Rohrenia, indiferente, monótono, el desierto que todos conocían.

Gormo lo contempló desde el límite de las rocas que ocultaban la salida del túnel. Luego volvió su mirada hacia atrás, en dirección a la ciudad, y lanzó un suspiro de alivio.

—Aún no han llegado hasta este lugar —murmuró.

Cribio se acercó hasta él y se apoyó en las rocas.

—Oye, Gormo ¿Que es lo que te resultaba extraño? —interrogó.

—¡Mira! —exclamó el Maestro, señalando el espacio—. Ya avanzan sobre estos lugares.

Cribio miró. Y comprobó que Gormo tenía razón.

—¿Que haremos, Gormo?

—Detrás de aquellas rocas que se ven enfrente está nuestra nave —explicó el viejo rohra—. Si llegamos hasta ella, podemos considerarnos a salvo. Pero tendremos que apurarnos. Si destruyen nuestro aparato... ¡entonces sí, estaremos perdidos!

No dijo más. Se entendieron con una mirada y se lanzaron a una nueva carrera, más veloz, más alocada que la anterior. Dejaron la protección de las rocas y corrieron por el terreno desierto hasta donde emergían otras que les aseguraban un relativo amparo.

El enemigo avanzaba velozmente en sus poderosas naves. Una de ellas pasó sobre sus cabezas silbando suavemente. Durante un segundo los dos fugitivos creyeron que serían envueltos por el rayo verdoso. Pero los invasores parecieron no reparar en ellos y continuaron su marcha.

Allá, casi sobre el horizonte, giraron sobre sí mismo y comenzaron la vuelta.

Cribio los vio venir. Gormo lo adivinó. Pero ninguno de los dos rohras detuvo su carrera. Se jugaban en ello la existencia y no había tiempo para titubear.

—¡No te detengas, Cribio! —gritó el Maestro. Pero no era necesario decirlo.

Al fin llegaron a las rocas. El viejo Gormo se dejó caer entre ellas en el mismo instante en que la nave siderai zumbaba sobre los fugitivos. Pero tampoco esta vez apareció el rayo verdoso. ¿Es que acaso no habrían sido vistos? Difícil... pero no imposible.

Cribio se sentó frente a su Maestro. A pesar del peligro que habían corrido y del que aún no habían escapado, el joven rohra solo deseaba saber más.

—Explícame ahora, Gormo, qué es lo que te resultaba tan extraño en esto.

Gormo lo miró sonriente. El cansancio cerró sus ojos un instante. Y cuando los volvió a abrir, murmuró:

—Extraño resulta este ataque de parte de ellos. Si bien es cierto que pueden vivir en esta atmósfera, también es cierto que no subsisten en la misma forma que nosotros.

Respiró profundamente y prosiguió:

—Nosotros nos alimentamos con las hojas de las plantas y con agua. Y de ese polvo pesado que cubre el desierto, elaboramos el producto que es fuente de nuestro vigor. En él encontramos las propiedades que les faltan a las plantas.

—Eso ya lo sé, Gormo. Pero quiero saber cómo subsisten

ellos.

—Ellos necesitan otras clases de alimentos, otras propiedades, lo que llaman "vitaminas", con características distintas a las nuestras. Y esos alimentos que les son necesarios no los produce nuestro suelo: Ninguna de las plantas de su planeta podría desarrollarse aquí, y morirían todos de hambre después de cierto tiempo.

—¿Y entonces? ¿Qué buscan aquí? ¿Qué quieren?

Gormo se incorporó un tanto, ya más repuesto.

—No lo sé, Cribio. Y eso es lo que me resultaba extraño. Ya vez que aún tenemos mucho que aprender sobre ellos. O que teníamos que haber aprendido. Y una de esas cosas es el arte de la guerra. Inventar armas con que pulverizar a los enemigos, a quienes quisieran sojuzgarnos. Sólo así hubiésemos podido seguir viviendo en paz.

Una explosión retumbó a sus espaldas. Luego otra y otra.

Cribio se levantó de un salto y observó hacia las rocas que hacía un rato habían abandonado y que ocultaban la salida del túnel.

—¡Mira, Gormo! ¡No dejan piedra sobre piedra!

—Quieren demostrar su poderío, su superioridad, y sólo nos enseñan su barbarie.

El viejo rohra se levantó. Apoyado en las rocas observó la llegada de otras naves.

—Descienden —murmuró—. Parece que se han cansado del exterminio—. Calló un instante, observándolos con amargura. Y luego exclamó:— ¡Vamos, Cribio! Tenemos que huir de aquí!

—Espera, Gormo. Aún no me has dicho quiénes son esos seres tan terribles.

El Maestro había comenzado a caminar, alejándose de los invasores. Pero la pregunta de su discípulo lo detuvo, primero, y lo hizo volver, después.

—Son los seres más codiciosos, los más desalmados—. Extendió el brazo señalando un aparato asentado sobre el desierto—. ¡Míralos! ¡Allí salen de sus naves! Son terrestres. ¿No te parecen horribles?

Los terrestres salían de sus naves siderales y se extendían y corrían por el desierto. Algunos caían sobre la arena y todos parecían presos de un ataque de locura. Era como si hubiesen estado al borde de la muerte y un segundo antes de morir los dejaran libres...

Cribio no comprendió. Y su natural curiosidad, su natural deseo de saber más —típico en su especie— lo impulsó a preguntar:

—Pero... ¿qué les pasa? ¡Parecen muy contentos!

—Así es —respondió el Maestro—. Y no me lo explico. Solo comprendo que aun no los conocíamos bien, a pesar de haberlos estudiado durante mucho tiempo.

Se inclinó un poco para observarlos mejor y oyó las voces y los gritos que los terrestres proferían—. Si, parecen muy contentos. Y repiten una palabra. ¡Una sola palabra!

Repentinamente se volvió. Dejó de mirarlos y exclamó:

—¡Basta, Cribio! ¡Ya no nos pueden importar estas cosas! ¡Vamos! ¡No podemos perder más tiempo!

Cribio pareció comprender. Corrió tras su Maestro pero sin dejar por ello de volver hacia atrás su mirada.

—Tienes razón, Gormo. Repiten una sola palabra.

Entre las rocas brilló el metal de la nave de los fugitivos. Gormo la vió y suspiró aliviado.

—Allí está nuestra nave, Cribio. Intacta, por suerte.

Llegaron hasta ella. Era como un plato chato, liso y de bordes muy afilados. En el centro se veía la cabina, toda de cristal y suficientemente espaciosa para los dos tripulantes.

Gormo se sentó ante los controles. Apretó algunos botones de diferentes colores y oyó el zumbido de las baterías.

—El mecanismo responde. Estamos salvados, Cribio.

Lo dijo sin ningún énfasis y sin ninguna emoción. Estaban salvados de la muerte de los terrestres y partirían en busca de ayuda. Tratarían de llegar hasta otros mundos civilizados que se aliaran con ellos para aniquilar a los terrestres, a esos seres peligrosos que poblaban alguna parte del universo y que por sus instintos guerreros y por lo avanzado de su destructiva ciencia podrían poner en peligro la seguridad de todos. Pero ninguno de ellos sabía si encontrarían lo que partían a buscar.

Cribio no prestaba atención a esas cosas. Su mente estaba unida aún a lo último que había visto de los terrestres. Y a lo que de ellos había oído.

—¡Que palabra tan rara repiten esos terrestres, Gormo! —volvió a decir—. ¿Qué significa?

—No lo sé, Cribio. Recuerdo como se pronuncia pero no tiene traducción a nuestro idioma. Pero deja de pensar en esas cosas. Debes aprender a manejar este aparato, que de ahora en adelante, será nuestro mundo. Ellos no podrán alcanzarnos porque sus naves, sobrecargadas de armas, pesan mucho más.

Gormo calló. Comprendió que por primera vez, su discípulo no lo escuchaba. Tomó entonces a su cargo los controles y suavemente se elevó verticalmente en el espacio. Después tomó una marcha horizontal. Gormo aumentó la velocidad. El desierto, con sus grupos aislados de rocas y con el pesado polvo que todo lo cubría, se deslizó velozmente debajo de ellos.

Cribio no parecía reparar en nada.

—Es raro, Gormo. Es raro que tú no hayas descifrado su significado.

Gormo volvió a sonreir.

—Debe ser el nombre de algún dios de los terrestres —respondió—. Y quizá ellos obren por su mandato.

Los ojos de Cribio se iluminaron. Se incorporó en su asiento y observó atentamente a su Maestro.

—¡Claro! —exclamó—. ¡Un dios! ¡Tienes razón, Gormo! Debe ser el nombre de un dios. Y de un dios perverso. Solo así se explicaría el ataque, la matanza, todo. ¡Un dios! ¿Como dijiste que se pronunciaba, Gormo?

La nave surcaba el espacio, tan alto ya que el polvo del desierto que la brisa levantaba, no podía tocarla. Era como un manto, allá abajo...

—Es muy facil y la recordarás enseguida —explicó el viejo rohra—. Se dice así: ¡ORO!

Mario Levrero (Montevideo, 1940) produjo algunos de los textos más imaginativos e incitantes de la actual literatura rioplatense. Basta con repasar **La ciudad** (1970), **La máquina de pensar en Gladys** (1970) o **Caza de conejos** (1982) para advertir la variedad y densidad de los universos tramados por este inquietante buceador del absurdo y la contingencia humana. Los cuentos de **Espacios libres** proponen una deslumbrante inmersión

en las zonas de lo imprevisible y una visión novedosa de lo que Angel Rama llamó "la experiencia de la inseguridad y la variación de la realidad". Por su desenfadada riqueza lingüística y narrativa los textos de Levrero brindan al lector un más allá de la ciencia-ficción, la literatura de fantasía y los meros convencionalismos del género cuento. Se trata, en suma, de un auténtico clásico contemporáneo, traducido al francés, al alemán y al sueco.

Libro
CLUB
Galería
Entre Ríos
Local 35
Concordia

NOS HABIAMOS AMADO TANTO

por Patricia Cairoli Pedroza

Eramos inteligentes, versátiles, hábiles, sensibles, apasionados. Teníamos veinte años y el mundo era un espacio inconmensurablemente amplio, lleno de sueños, expectativas, ambiciones. Queríamos ser las estrellas que iluminaran el cielo argentino. Poetas, músicos, profesionales, políticos. Romper el encadenamiento de nuestros padres, de nuestros maestros, ser libres, poderosos. Con nosotros nada sería igual, nuestros hijos crecerían felices, fuera de los condicionamientos que nuestra generación había sufrido; nuestras parejas serían brillantes, generosas, comprensivas. Nunca existiría la derrota.

Recuerdo haber tenido, en aquel tiempo, una discusión con mi madre. Ante su pregunta de qué quería ser en la vida, yo respondí: "lo único que espero es no ser como vos". Qué fácil era, que simple y cotidiano pensar que en la mano teníamos el poder de cambiar el mundo. No contábamos con que nos faltaba lo más importante, el motor generador de toda mutación y todo cambio: la pasión.

Eramos seis amigos. Aún hoy, entre las fotos, puedo encontrar algunas que nos muestran en diversos lugares. A la puerta del teatro Coliseo, en un campamento de Villa Gesell, tocando la guitarra en casa. Espacios en donde volcábamos un cúmulo de inquietudes, donde la vida podía ser entendida a través de un texto de Sartre, de Hesse, de Tagore. Donde una canción representaba con absoluta claridad una idea; cuando el único temor era repetir esquemas.

Criados en distintos medios sociales y económicos, nos había reunido el viento, el tiempo, el acaso. Los mismos hechos nos separaron. Cada uno tomó del grupo lo mejor y lo peor. Nos distanciamos, crecimos aparte, nos transformamos en adultos que, lentamente, a medida que pasa el tiempo, nos vamos convirtiendo en espejos (mejorados, pero espejos al fin), de nuestros tan denostados padres, de nuestros tan aborrecidos maestros.

Nos negamos a entender a quienes hoy piensan como alguna vez lo hicimos. Criticamos, legislamos, reflexionamos severamente. ¿Qué hicimos de la vida, de los sueños?

No faltó el deseo, faltó la pasión. Lo sencillo triunfó sobre lo complejo. El que quería ser músico (y hubiera podido ser de los mejores) hoy es un médico radiólogo. ¿Qué se cruzó en su camino? Matrimonio, un departamento en cuotas, el miedo a enfrentar las estructuras establecidas. El sociólogo se transformó en empresario, un ganador, rey de las mesas de dinero y de la banca. El hijo del sindicalista se fue a Venezuela, donde hoy es dueño de una fábrica y matiza su divorcio con dólares, bebidas y droga.

La misma desesperanza llevó a otro a ser un viajero constante. Mercenario de la ingeniería, residente de cinco países en cinco años. Desterrado a voluntad, pudiente a disgusto, aburrido criterioso.

Nuestras parejas resultaron mejores, buenas y peores. Divorciados, separados, dejando hijos, esposas, maridos en el camino, como ruedas de auxilio de un automóvil. Viviendo todos los días un día más, no el único. Pensando en el peso y en el queso. Avaros de los afectos, cómplices de la angustia.

Queríamos cambiar la sociedad. La sociedad nos tragó, nos masticó y nos escupió. No supimos ser, y hoy somos distintos. No estamos disconformes ni tristes. En la perspectiva de los años, nos damos cuenta de que tal vez no nos hubiera conformado nuestro ideal. Sólo que a veces sentimos esa pequeña amargura cotidiana, esa falta de algo, de un resorte, de una pieza que activa el engranaje de los ideales.

Queríamos hacer la historia. Pero a la historia la hacen aquellos que dejan atrás la vida. Ningún grande pasó a ella sin pagar su precio: el desamor, la indigencia, la soledad del poder, la aislada cima del genio. El costo era caro y hoy nos contentamos con contemplar las historias que hacen los demás. El precio es otro, es de saldo.

Dentro de nuestros pequeños mundos, los amigos aún hoy nos encontramos, nos reímos, nos emocionamos, discutimos. Recordamos al único de nosotros que vivió su pasión y pagó la cuenta que aquella le pasó: Javier, a quien nunca más vimos desde el día en que la bomba desbarató su casa y provocó el incendio en el que perecieron sus ideales.

Haciendo el balance, cada uno elige su vida, es responsable de su cuerpo, es dueño de sus actos. Pappini nos relata que un hombre retornó una vez al lugar en donde habían transcurrido sus años de estudiante. En la pensión en donde habitara, encontró a un joven a quien no reconoció, y que decía haber estado esperando su llegada. Ese joven era él mismo, veinte años atrás. No pudiendo tolerar la presencia de ese ser, el visitante lo ahogó en una fuente.

Probablemente todos hagamos lo mismo que el personaje de Pappini. O será, tal vez, que esa pizca de locura que siempre nos deja el pasado es lo que nos auxilia en nuestras grandes soledades.

No todo pasa en vano y si no pudimos ser distintos, tratemos de no ser malos. Ya que, finalmente, somos iguales a todos, medianos, comunes, mas o menos inteligentes, más o menos felices, más o menos destacados. Pero igual tenemos fe, tenemos ganas, y a pesar de todo conservamos la cordura que nos hace creer todavía. O

Ilustración de Passarella

EL HOMBRE DE TODAS LAS NOCHES

por Lidia Murúa de Viduzzi
(Urdinarrain)

Esquivó cientos de Falcons verdes y azules, otras tantas ametralladoras con las bocas ávidas de liberar su aciago peso; evadió uniformes claros y oscuros; corrió ante los pasos que resonaban en las calles como una marcha de gigantes y los camiones blindados cargados de soldados inconscientes de la misión verdadera.

Era un vagabundo con documentos falsos que caminaba disimulando el miedo a ser atrapado, un iluso en busca de un mundo mejor donde vivir que exponía el cuerpo por una lucha que, paradójicamente, lo hacía correr tras la paz y encontrar la guerra.

Viajó con camioneros, hombres a los que tenía mucho afecto porque nada preguntaban y más de una vez lo habían protegido.

A los amigos no los comprometió; sólo a veces les pedía comida para unos días y ellos la dejaban en un lugar convenido; respondían sin pedir explicaciones, moviéndose en la oscuridad como ladrones. A pesar de la ayuda, pasó fríos y agonías.

Después de ocultarse tres años, volvía —como un asesino al lugar del crimen— para estar cerca de los suyos. Ellos tenían que saber que no era un desaparecido más.

Arribó a la ciudad donde el estado de sitio no era un decreto, sino calles oscuras, puertas cerradas y monstruos verdes en todas las esquinas, agudas sirenas y ecos de motores encendidos que circulaban continuamente.

Pasaron los controles y descendió en una calle despejada. Unas cinco cuadras lo separaban de su casa que, seguramente, estaría vigilada.

Encontró una vivienda en construcción al acercarse un poco más y esperó el movimiento de tropas que operaban en los alrededores. Atravesó el baldío que se extendía en diagonal por casi toda la manzana, estudiando cada tramo como si estuviera sembrado de espinas venenosas. La luna no pudo delatarlo, la noche era oscura como su miedo. Burló todas las vigilancias; a sus espaldas cargaba el terror y la esperanza.

Pensó en los hijos, cuánto habrían cambiado: niñez que corres y transformas los cuerpos con velocidad increíble...

Vivía el infierno minuto a minuto. Ya no le importaba qué podía encontrar después de la muerte; se preguntó porqué la esquivaba si ya todo le era tan difícil. Estaba harto de ser un fugitivo, no quería pensar en el futuro ni en que agujero se escondería en adelante.

Avanzó los metros que faltaban y alcanzó el patio de la casa. No pudo emitir sonido, ni llamar. Probó el picaporte: estaba cerrado. Buscó la ventana y vio como alguien se incorporaba en la cama. Apenas con los dedos tamborileó en el vidrio. Una figura de mujer se recortó en el contraluz. Era ella. La nombró con una voz ronca que no parecía la suya. Ella buscó algo. ¡No tengas miedo... Soy yo... Abrime ... Abrí que hay un milico en la esquina, por favor..!

Una vez más tocó la puerta y la mujer quedó rígida.

Apoyó la mano con los dedos abiertos en el vidrio y ella reaccionó con un movimiento rápido entre las ropas, acercándose. Comprobó por fin que le abriría. Temblando vivía el loco sueño: una noche en casa, una mísera noche que le diera fuerzas para seguir huyendo un tiempo más.

La llave dio vueltas, el picaporte giró, su cabeza y su corazón giraron. Oculta detrás de la puerta, ella seguramente lo había reconocido a pesar de la barba y el cabello largo.

Entró. Una navaja brillante lo recibió. Una calesita roja manejada por una mano loca lo hacía girar velozmente y un sueño profundo lo arrastraba hacia un abismo.

La mujer empezó a chillar de manera descomunal. El verde de la esquina corrió atraído por esa voz que cortaba el silencio de la noche. Un silbato agudo atrajo a los otros que treparon los tapiales como gatos.

Ella seguía gritando, alguien le tiró agua.

—¡Es el hombre de todas las noches! ¡La primera vez me engañó diciendo que era mi marido! ¡Me violó... me robó! ¡Yo sé que es uno de ustedes! Amenazó con matar a uno de mis hijos si hablaba... —se justificó la mujer.

—¡Sáquenlo de aquí! —vociferó sin mirar al hombre tendido en el piso.

Cuando los verdes revisaron las ropas y encontraron, en un bolsillo escondido, la foto de la mujer que, más calmada, seguía gimiendo, sospecharon de quien se trataba.

Guardaron silencio. ¡Había tanta gente muerta en esos días..!

Nunca imaginaron que les sería tan fácil la captura.

Salieron perseguidos por el llanto de la mujer, al que se le sumó otro, extraño e impotente, que penetró las paredes y nunca más se fue. ○

LA GUARDIA
(19/4/87)

Cuántos hombres hacen falta,
cuántas mujeres, cuántos gritos,
cuántas manos humanas hacen falta
para rodear la libertad y sus rotas cadenas
y sus rotas murallas con cúpulas de olvido
y sus ríos de sangre, cuántos hombres,
cuántos espacios de ternura y riesgo
cuántas galaxias de éxtasis y zozobra,
cuántos altares de la vida.

Yo no puedo olvidarme de una plaza vacía,
de un regimiento en marcha, de una plaza
vagamente poblada por muchachas con frío
y el sonido de un bombo solo
y el murmullo de una radio en la medianoche
aguardando a orillas del alba.
No sé
cómo decir mi cuerpo de alma, mi estupor agredido,
mi flor podrida, se trata
de un pueblo abandonado por su pueblo,
se trata de hombres solos, de mujeres
que se rompen las manos intentando rodear la libertad,
protegerla de los chacales, salvarla,
se trata de una patria desvelada,
sola y altiva en una plaza sola,
una patria que esquivan los héroes y los años
y sólo tiene heridas y caricias y edad.
Se trata de saber si un alma sola, un hombre solo
entre los hombres y las almas vale
más que el fusil y el fuego, el mal y el día.

La noche de la patria
son cuatro desvelados
que la guardan y esperan en la plaza sin voz.

ALEJANDRO BEKES

CORAJE

...Y esta tierra ha visto caravanas de
imponente estatura escapar con alforjas
relucientes de joyas hacia la luna.
Bajo su piel de asno ya no hay legiones
ni arcángeles de blondos ademanes,
ni siquiera enanos.
Hay sótanos.
Sábanas de polvo sofocan hoy a nuestros
hermanos. Parques subterráneos llenos
de voces de niños protestando: ositos de
felpa que levantan cruces de estaño.
¡Ay, tierra! Ejercita siempre tu dolorosa
memoria de soldado; de perro con hambre.
Miles y miles de manos aún te siguen
sembrando de toros y cereales.
¡Coraje!

ALICIA BENITEZ
(Federación)

DELIRIO AZUL

A veces quisiera ser sólo espíritu...
¡Pesa tanto la realidad!
Y pesa también
esta
soledad
que cada día
desvanece
el sol más y más
en las boscosas sombras,
de un silencio inflado de calendarios.
A veces quisiera ser sólo espíritu...
Transformarme en lluvia
meterme en los ríos
correr en las cunetas
hacer de cada rostro,
un tobogán...
Y ser diamante
jugando en los terciopelos coloridos
de cada rosa.
¡Debe ser lindo ser lluvia!
O ser lágrima,
simplemente lágrima
lágrima
asomada a los ojos brillantes de
la noche.
A veces quisiera ser sólo espíritu...
Una vez soñé que moría,
y de pronto
sentí que era un pájaro
pequeñito
pequeñito
que volaba volaba
hacia una selva de azules nubes.
Pero no pude llegar,
mis alas eran de sol.
Las sombras las habían cortado,
en un racimo
de estrellas.
A veces quisiera ser sólo espíritu...
¡Pesa tanto la realidad!

JUAN CARLOS LUNA
(C. del Uruguay)

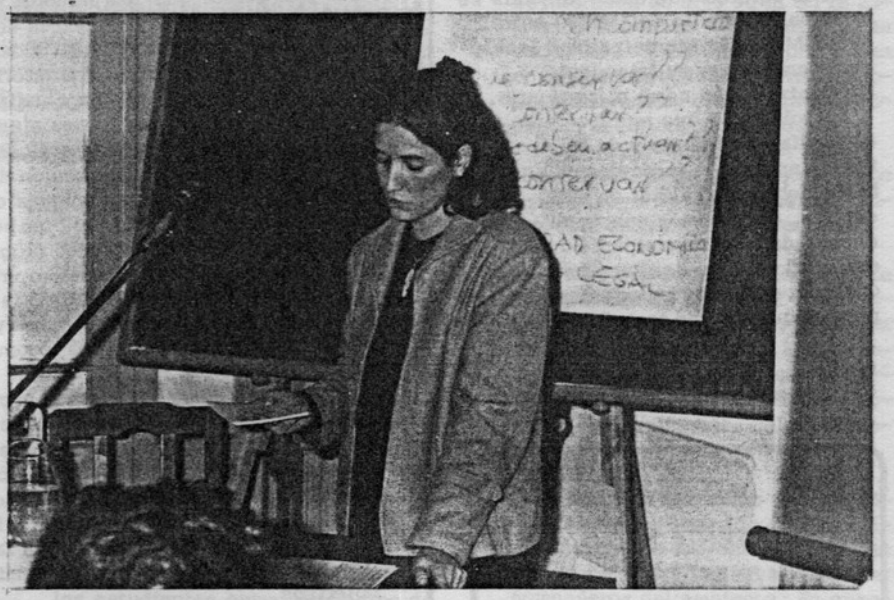
Rico patrimonio arquitectónico local

por el Centro de Arquitectos de Concordia

En los últimos días (9, 10, 11 y 12 de julio), Concordia ha sido sede de un importante evento de orden nacional, cual fue la realización del Seminario de Formación Profesional sobre Conservación del Patrimonio Arquitectónico para el Litoral Argentino. Fue organizado por el Museo Regional Municipal de Concordia y por el Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (I.C.O.M.O.S.), y contó con el auspicio de la Secretaría de Cultura de la Nación, la Dirección Nacional de Museos, la Dirección Municipal de Cultura, la Asociación Amigos del Museo Regional de Concordia y el Centro de Arquitectos de nuestra ciudad.

La importancia del acontecimiento radica, no sólo en que es un área de nuestra realidad sobre la que aún no se habían hecho consideraciones importantes en nuestro medio (con excepción de algunos hechos aislados), sino también en la jerarquía de disertantes que nos visitaron, sumado esto a la presencia de participantes de distintos puntos del país. Entre los asistentes había representantes de distintas instituciones de La Plata, Buenos Aires, Chaco, Santa Fe y Entre Ríos, además de aquellos que concurrieron en forma personal.

La tarea docente fue desempeñada por miembros de ICOMOS Argentina, acerca de los cuales cabe destacar su excelente nivel pedagógico. Fueron los disertantes, los arquitectos Jorge Bozzano, María de las Nieves Arias Incollá, Javier García Cano, Carlos Mareno y Carlos Pernaut. El último día —domingo 12— se leyeron las conclusiones.



La arquitecta María de las Nieves Arias Incollá en un momento de su disertación.

Precisamente, fue en la elaboración de conclusiones donde tuvo vital importancia la diversidad de participantes, dado que cada persona aportó un enfoque diferente (museólogos, arquitectos, docentes, estudiantes, interesados en el tema).

Como esta nota es sólo una reseña breve de lo acontecido, nos comprometemos a volver sobre el tema en el próximo número de "Rocinante", en la que incluiremos las conclusiones a las que se arribaron. No obstante, a manera de epílogo de estas fructíferas Jornadas, destacamos algunos aspectos importantes:

:: Se tomó conocimiento de una pulida y exhaustiva metodología de acción para el análisis y determinación de nuestro patrimonio arquitectónico.

:: Los representantes de ICOMOS destacaron que no son muchas las ciudades que poseen un patrimonio arquitectónico tan rico como el de Concordia, hecho que pone de manifiesto un pasado de

RELEVAMIENTO MUSICAL ENTRERRIANO

El Subsecretario de Cultura y Prensa de Entre Ríos, Mario Alarcón Muñiz, firmó un convenio con el licenciado Carlos Bastines, secretario de Cultura de la Nación, para realizar un relevamiento del Patrimonio Musical Tradicional de Entre Ríos.

La tarea estará a cargo de tres museólogos, dos del Instituto Nacional de Museología y uno de la Subsecretaría de Cultura y Prensa de Entre Ríos. Se utilizarán técnicas de observación, participante, entrevistas, diario de campo, registros magnetofónicos, fotográficos y, eventualmente, cinematográfico.

El relevamiento tiene por objeto reunir documentación sobre el patrimonio musical tradicional de la provincia, determinar sus ámbitos de realización y vías de difusión, identificar los grupos sociales a los que pertenecen los protagonistas, analizar y clasificar las especies musicales vigentes y sus medios de ejecución, y determinar la incidencia cultural de las colonias extranjeras en la conformación de las especies tradicionales en las prácticas musicales.

El programa comenzó a desarrollarse en julio y se extenderá hasta el 30 de noviembre inclusive, cubriendo en su primera etapa los departamentos de Feliciano, La Paz, Paraná y Diamante, para continuar el año próximo. O

importancia histórica y de opulencia económica regional.

:: Se destacó la importancia de conformar una trilogía con el Poder Público, los Profesionales y la Comunidad, ya que sin la participación de cualquier de los órdenes citados todo intento de logros exitosos en el campo de la preservación resultará estéril.

Como corolario de estas Jornadas se firmó un tratado de asistencia entre el ICOMOS y la Municipalidad local, representada por su intendente, Dr. Moix, quien cerró el seminario.

Símbolo de lo que representaron estos días de trabajo y de la importancia de la tarea docente que todos debemos realizar en este sentido, destacamos una frase escuchada a un participante durante el desarrollo del seminario: "Sabíamos que eran edificios importantes, pero no que lo eran tanto".

Fotos: Asociación Amigos del Museo Regional de Concordia

DESIGNAN A MARIO MEICHTRY

Por resolución N° 217 del año en curso, el rector de la Universidad Nacional de Entre Ríos, Dr. Eduardo Barbagelata, designó a nuestro compañero del Consejo de Redacción, Mario Meichtry, jefe de Trabajos Prácticos Interino, con dedicación parcial, desde el 1° de junio.

Esta designación tiene relación con el flamante coro de la Universidad, más conocido como "Tahil Mapu", que tiene como director al músico Eduardo Hernán Gómez.

En los considerandos de la resolución se destaca la colaboración ad honorem de Mario Meichtry desde la creación del coro, actuando como asistente de Dirección. O

EL INTERES SOCIAL Y LA ACCION CIVICA

Como complemento de la reseña efectuada por el Centro de Arquitectos de Concordia, que transcribimos por separado, creemos oportuno hacer conocer el capítulo octavo del documento conocido como "Normas de Quito". Dicho documento constituye el informe final de la reunión celebrada en aquella capital que abordó la conservación y utilización de monumentos y lugares de interés histórico y artístico, en la que se hacen —entre otras— interesantes recomendaciones relativas al turismo.

El capítulo que citamos lleva el título de este breve comentario y dice:

"Es presumible que los primeros esfuerzos dirigidos a revalorizar el patrimonio monumental encuentren una amplia zona de resistencia dentro de la órbita de los intereses privados. Años de incuria oficial y un impulsivo afán de renovación que caracteriza a las naciones en proceso de desarrollo, contribuyen a hacer cundir el menosprecio por todas las manifestaciones del pasado que no se ajustan al molde ideal de un moderno estilo de vida. Carentes de la suficiente formación cívica para juzgar el interés social como una expresión decantada del propio interés individual; incapaces de apreciar lo que más conviene a la comunidad desde el lejano punto de observación del bien público, los habitantes de una población contagiada de la "fiebre del progreso" no pueden medir las consecuencias de los actos de vandalismo urbanístico que realizan alegremente con la indiferencia o complicidad de las autoridades locales.

Del seno de cada comunidad puede y debe surgir la voz de alarma y la acción vigilante y previsora. El fomento de agrupaciones cívicas pro-defensa del patrimonio, cualquiera que fuese su denominación y composición, ha dado excelentes resultados, especialmente en localidades que no disponen aún de regulación urbanística y donde la acción protectora a nivel nacional resulta débil o no siempre eficaz.

Nada puede contribuir mejor a la toma de conciencia que se procura, que la contemplación del ejemplo propio. Una vez que se aprecian los resultados de ciertas obras de restauración y de reanimación de edificios, plazas y lugares, suele operarse una favorable reacción ciudadana que paraliza la acción destructora y permite la consecución de más ambiciosos objetivos.

En cualquier caso, la colaboración espontánea y múltiple de los particulares en los planes de puesta en valor del patrimonio histórico y artístico es absolutamente imprescindible, muy en especial, en las pequeñas comunidades. De ahí que en la preparación de dichos planes debe tenerse en cuenta la conveniencia de un programa anexo de educación cívica, desenvuelto sistemática y simultáneamente a la ejecución del proyecto." O

Juan Carlos Onetti (1909) es sin ninguna duda uno de los mayores escritores vivientes en lengua castellana. Autor de algunas novelas memorables [La vida breve, (1950), El Astillero (1961), Juntacadáveres (1963)], Onetti es también un cuentista de excepción. Aparte los cuentos publicados en el semanario Marcha con su firma y uno con un seudónimo femenino, Convalecencia, publicamos aquí dos cuentos secretos suyos, de carácter policial, por primera vez. Ambos cuentos respetan las reglas del juego y fueron escritos seguramente "al pie de la rotativa". Pero de alguna manera (por su economía de medios, por una deliberada ambigüedad, por su sombrío humor) presagian al gran escritor que vendrá.

Libro CLUB

Galería Entre Ríos Local 36 Concordia

¿La cultura es secundaria para los secundarios?

por Claudio Donati

Uno de los objetivos de "Rocinante" es incentivar y dar participación a los jóvenes valores locales que desarrollan una actividad cultural. Pero, a pesar de ser Concordia una ciudad chica, nos encontramos preguntándonos: ¿quién, entre los estudiantes secundarios, participa en cultura?

Conocemos algunos chicos que desarrollan una actividad cultural, que en cierta forma son reconocidos por su actuación. Pero ¿y el resto? ¿Existe interés por parte de ellos?

Sabemos que en otras ciudades se han formado grupos que actúan de acuerdo con sus objetivos, que crean un movimiento de cultura secundaria. Nos preguntamos cómo andaba el tema en Concordia y, en busca de respuestas, luego de varias pesquisas y desencuentros, nos reunimos —entre el clásico mate y el correspondiente café— con Martín Barcos (músico saxofonista, que cursa el 5° año de Bachillerato Biológico en la Escuela Normal) y con Hector J. Ayala (actor, autor y guionista cinematográfico y teatral, de —¿casualidad?— tambien 5° año del Bachillerato Biológico en la misma escuela).

En esta nota, Martín y Héctor, dos de los chicos que hacen algo a pesar de todo, nos dan su opinión sobre el panorama cultural de los estudiantes secundarios de nuestra ciudad, que completaremos, en próximas ediciones, con las respuestas de un representante del personal docente de un establecimiento local.

¿Cuál es el grado de interés de los estudiantes secundarios de Concordia en actividades culturales?

M.B.- No existe una actividad secundaria consolidada. En primera instancia, porque la escuela no canaliza las inquietudes o iniciativas de los estudiantes en ningún aspecto. Todos los chicos que hacen algo, lo hacen fuera del colegio. No hay estímulos por parte de la sociedad, ni fenómenos culturales que incentiven a los estudiantes a crear. Hay un grado de descreimiento muy grande. Cuando uno se decide a hacer algo es poca la gente que responde o se siente llamada a participar. El grado de participación es casi nulo. No es éste un problema exclusivo de los estudiantes secundarios sino de toda la sociedad.

H.J.A.- Hay interés solamente en los individuos que tienen cierta actividad. El resto no es totalmente indiferente pero tiene cierta indiferencia que limita todo tipo de actividad.

En los casos en que existe interés, ¿se dirige éste a una actividad específica?

M.B.- Por lo general, el que participa en una actividad, lo hace en todas o al menos en varias. Lo hace porque cree en el rédito que produce crear y participar.

H.J.A.- La gran mayoría se inclina por la música. A ésta le sigue la literatura, que intenta ser incentivada, por ejemplo, a través del Taller Literario Municipal, los centros de estudiantes de algunos colegios y concursos literarios. Otra actividad que reúne cierto número de chicos, al menos en octubre, es la Muestra Estudiantil de Teatro. Esta participación se da, como en la mayoría de las actividades, en escala reducida.

En quienes no se da un interés creativo ¿cuál es su participación?

M.B.- El que no hace nada, no participa en cultura, cree que no tiene por qué interesarle. Tiene un concepto acartonado y serio de lo que es cultura.

H.J.A.- La participación de los que se interesan en algo se da en la actividad deportiva en sus diferentes variantes. En los que no participan en ninguna actividad existe una total indiferencia, como si la participación le pasara por un costado.

Los estudiantes que hacen algo ¿tienen apoyo de sus colegios, Dirección de cultura u otros sectores?

M.B.- De parte de los funcionarios de Cultura hay un respaldo. Los compañeros que uno conoce y tiene por amigos brindan su apoyo. Los directivos de los colegios no apoyan porque la política es, en general, ignorar por desinterés. Salvo excepciones.

H.J.A.- Se ven apoyados por la Dirección de Cultura, los grupos culturales y por los compañeros más allegados como asimismo por los compañeros del ambiente. En cuanto al colegio, no existe tal apoyo, y lo que existe es casi nulo. Puedo equivocarme con respecto de otro colegio. La sociedad no nos brinda apoyo a los artistas locales; es más: a la gente de afuera, el apoyo es mínimo, no como debería ser.

¿Se incentiva la creación y la participación en los colegios?

M.B.- En general, no.
H.J.A.- No, en absoluto.

¿Qué tipo de acción cultural contaría con el respaldo de los estudiantes?

M.B.- Como dijo alguien: "Teniendo en cuenta que la actividad cultural de Concordia pasa por la peatonal", con su característico pavoneo, todos nos imaginamos qué clase de "acto cultural" interesaría a la gran mayoría de los estudiantes secundarios (recital Soda Stereo, Banana y cualquier otra cosa que se le parezca). De esta forma se rechaza todo lo que nos transforma en protagonistas y creadores de nuestra propia

cultura.

H.J.A.- A nivel colegio, la música contaría con el respaldo de los estudiantes secundarios; a nivel sociedad, y dado el concepto erróneo de cultura, los estudiantes no respaldan ningún tipo de acto cultural. Si respaldan las trivialidades de moda, carentes de una auténtica significación cultural. Esto se debe al nulo incentivo de creación en los colegios, dando por resultado la constricción de aquellos que sean una cultura popular... y buena.

¿Cómo se podría ayudar a lograr sus objetivos a aquellos que crean silenciosamente y en soledad?

M.B.- Quien esté interesado en consolidar las actividades culturales, tiene que buscar, uno por uno, a los interesados en hacer algo, uniéndose con un objetivo común e integrar a más gente.

H.J.A.- Como dijo Martín, está en cada uno de nosotros buscar y formar un grupo con nuestras mismas inquietudes, proponernos un objetivo y lograrlo a pesar de los escollos que nos impone la sociedad, tratando de romper los prejuicios de ella.

¿Alguna reflexión final?

M.B.- Toda persona que haga algo en Concordia, sea lo que fuere que haga, merece el mayor de los respetos, ya que es muy difícil en el ambiente de apatía en el que nos movemos. Lo que uno no alcanza a comprender es cómo, siendo tan poca la gente que anda en cultura, no puedan unirse en propuestas comunes, por tonterías o diferencias superables.

H.J.A.- Creo que todo aquel que desarrolle una actividad cultural tiene que hacerlo a pesar de todos los problemas que se le presentan y seguir haciendo lo que a uno le guste y ser uno mismo, haciendo caso omiso de los críticos destructivos. La educación, y en especial los educadores, deberían encauzar y promover las inquietudes artísticas de sus alumnos, para que no se pierdan, y no dando exclusivamente prioridad a aquellos que, según ellos, conservan la moral y las buenas costumbres. O

REUNION DE ESCRITORES DE ENTRE RIOS

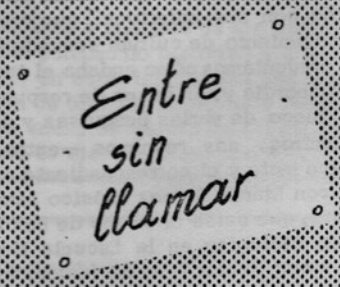
Entre los días 13 y 14 de junio pasado —razón por la que no pudimos dar información al respecto en nuestra edición anterior— se realizó en Concepción del Uruguay una reunión de escritores residentes en nuestra provincia, convocada por la Sociedad Argentina de Escritores, filial Paraná.

En su transcurso se abordaron tres importantes temas: la situación del escritor en Entre Ríos, el funcionamiento de la Editorial de Entre Ríos y la formación de una entidad que nuclee a los escritores o a las organizaciones de escritores. Concurrieron aproximadamente cien representantes de las letras y, en representación del gobernador de la provincia, lo hizo el subsecretario de Cultura y Prensa, Mario Alarcón Muñiz.

Laura Erpen, una de las asistentes, fue la encargada de expresar muchas de las inquietudes que conmueven a los escritores. Finalmente, se arribaron a importantes conclusiones que benefician a quienes se manejan en esta actividad.

Una destacada participación le cupo a nuestro compañero de tareas Francisco Tomat-Guido, quien concurrió especialmente invitado en su calidad de escritor y ensayista. Fue designado miembro de honor, confiriéndosele la representación de todos los escritores del país —en el Día del Escritor— según palabras del presidente de la filial Paraná de la Sociedad Argentina de Escritores, Ramón Torres, refrendadas por el subsecretario de Cultura y Prensa de Entre Ríos, Mario Alarcón Muñiz. Tal designación le fue concedida por su labor de 43 años en la literatura nacional e internacional. O

DIRECCION MUNICIPAL
DE CULTURA
DE CONCORDIA



"The way of the gaucho"

como en un sueño

por Guillermo Fink

Pocos días ha, tuvimos la oportunidad de ver —a través de la pantalla del televisor— una película con el actor estadounidense Rory Calhoun y confieso que un cosquilleo nostálgico invadió mi hipotálamo por un instante, permitiendo que la memoria mezclara rostros, lugares y objetos del tiempo de una pubertad conflictuada pero excitante.

La película se llamaba "Los diablos de Dayton" y seguramente nadie la recuerda ya, como tampoco se recuerda el rostro de ninguno de los actores que componían el mediocre reparto: ocurre simplemente que los memoriosos revivirán los momentos en que tanto el tal Calhoun como la actriz Gene Tierney pasaron algunos días en esta ciudad y en alguna estancia vecina para filmar un bodrio espectacular al que denominaron, con típica ostentación norteamericana, "The way of the gaucho" (El camino del gaucho), filme de clase "B" que, seguramente, se alinea junto a los cientos de fracasos que jalonan los casi 100 años de historia cinematográfica.

Al comentar este hecho con algunos amigos que vivieron aquel tiempo, cada uno de ellos tiene en su propia memoria un pedacito de la historia de aquella invasión un tanto extravagante a nuestros usos y costumbres, a lo que excitaba la imaginación de jóvenes como yo, ávidos precisamente de epopeyas y curiosidades al alcance de la mano aquel momento.

No recuerdo, ni quiero hacerlo ahora, las diversas circunstancias que rodearon aquella filmación: donde se hizo, quienes fueron los "gauchos" lugareños que trabajaron de extras, como se hizo y cuanto tiempo estuvieron. Tal vez una investigación periodística más minuciosa pudiera rescatar la trama, en su conjunto. Pero ¿para qué? Más vale que la memoria segregue los jugos secretos de la nostalgia y la melancolía se encaje, como una cuña, en el espíritu de un chico de 13 años, merodeando con muchos otros la confitería anexa al viejo hotel "Colón" donde transcurrieron algunos días de su vida aquellos —para nosotros— fabulosos exponentes de un arte cuya expansión parecía no conocer límites todavía.

Creo que corría el año 1951. Diego Rama —ex administrador de aquel cine Odeón— recuerda con acierto en sus sencillas notas que publica "El Heraldo" los monumentales éxitos que se exhibían en aquella sala recientemente inaugurada. Estaba llegando a su culminación una época argentina a la que el historiador Félix Luna denominó "una fiesta", en su primer tomo de la biografía de Juan Domingo Perón.

En aquel tiempo, la cinematografía norteamericana era la punta de lanza de una economía en expansión y de límite inabarcable. El cine, por su movimiento económico-financiero, fue en aquel año y en muchos otros la tercera industria en Estados Unidos y dos de sus exponentes estaban aquí, entre nosotros, meciendo al andar de sus caderas la fortuna de pertenecer no sólo al país más rico del mundo, sino a su cinematografía, seguramente el ambiente más alto al que muchos mortales querían pertenecer.

Claro es que Gene Tierney y Rory Calhoun no eran sus exponentes más conspicúos —el hombre lo era menos todavía—, pero ¿qué importaba? si cualquiera de ellos representaba un mundo de fantasía al que se podía acceder a través de su mera presencia. Además, siendo ellos ya casi olvidados, configuran para nosotros un recuerdo más íntimo, menos trascendente y universal, que lo hubiera sido si Gary Cooper y Ava Gardner fueran los protagonistas de la triste historia del gaucho que busca su camino y lo encuentra en los húmedos labios de la mujer que, en definitiva, lo ama; un recuerdo más íntimo, decía, más perteneciente a nuestra historia personal, de pequeña ciudad del interior de la Argentina, que a la grandilocuente historia de los filmes exitosos, con actores también muy exitosos. Además tomaban whisky, cuando en aquel tiempo una copa de cubana "Sello Rojo" era lo habitual y de "Sello Verde" el colmo del refinamiento.

Concordia vivía en aquel tiempo también su época de esplendor social. Su economía independiente, alejada de las maquinaciones burocráticas de las dependencias oficiales, la convertían en una especie de meca entrerriana del desarrollo y la prosperidad, y nosotros, los chicos de la clase media, brincábamos sin sobresaltos estomacales entre la Escuela Almafuerte y la puerta del hotel "Colón" para atisbar la eventual aparición de una bella mujer de pómulos altos, más bien delgada y a la que recuerdo medio petiza. ¿Era así?

Los varones hacíamos chistes ingenuos, la mayor parte de las veces un poco ridículos, acerca de los artistas y de la Tierney en particular. Despertábamos al sexo, pero no recuerdo haberla deseado y creo que ninguno de nosotros lo hacía, ya que el deseo nace de una posibilidad concreta o de una realidad muy lejana, nunca de una cercanía inalcanzable que avasalla o amedrenta.

No es raro que un motivo trivial despierte la imagen yacente de realidades más venturosas que las actuales. De alguna manera, la realización en Concordia de aquel filme constituye la evidencia de un pasado que muchos viven como un sueño, tan sueño como el que yo mismo vivo cuando evoco la imagen de Gene Tierney, sonriente y amable, firmándonos autógrafos en una mesa de la vieja confitería "Colón" con mi propia lapicera. ○

Puro Cuento 5

AÑO 1 - Nº 5 - Jul/Ago 87 - A 3,80

YA LLEGÓ

Entrevista con
José Donoso

ESPECIAL
Mujeres y escritura

Cuentistas argentinas:
Silvina Ocampo
María Elena Walsh
Alicia Steimberg
María Esther de Miguel
Ana Basualdo
Juana Manso
Juana Manuela Gorriti

Otros cuentos de:
Herman Melville
Moacyr Scliar
Agustín Monsreal
Marco Tulio Aguilera
Don Juan Manuel
Silvia Schmid
María Rosa Lojo
Olga Zamboni

Breves de:
Lida Aronne-Amestoy
Francisco Tario
Tomás Stefanovics
Juan Carlos García Reig

Y el cuento ganador del 2º Concurso de Cuento Breve

Taller abierto concurso clasificados correo

PÍDALO EN

LIBRERIA CONCORDIA
SAN MARTIN 28 - LOCAL 9

Magister LIBROS
1ª de MAYO 10 · 3200 Concordia
ALVEAR 621 — Tel. 210281/5478
Entre Ríos

Libro CLUB
Galería
Entre Ríos
Local 35
Concordia